

MONTUNO

Hernán Vargascarreño

MONTUNO



Ediciones Exilio

Bogotá - Zapatoca
2020

Montuno

© Hernán Vargascarreño

ISBN: 978-958-52556-3-0

Primera edición: marzo de 2016

Segunda edición ampliada: febrero de 2018

Tercera edición ampliada: febrero de 2020

Tiraje: 1.000 ejemplares

Ediciones Exilio:

fundacionexilio@gmail.com

Comité editorial:

Ela Cuavas

Monique Facuseh

Nora Carbonell

Omar Ardila

Jáder Rivera Monje

Hernán Vargascarreño

© Fotografía de portada

Ediciones Exilio: portón en Barichara

Impresión:

Editorial Gente Nueva

Tal 3202188, Bogotá D.C.

Los poemas de la presente edición pueden ser reproducidos por cualquier medio siempre y cuando se pida su permiso al autor a quien pueden contactar en el correo fundacionexilio@gmail.com

☞ Una sed que no es de agua

En algún lugar de su enciclopedia Novalis se pregunta si el lenguaje es una secreción. Tal vez el lenguaje no lo sea, pero la poesía tiene el deber de serlo, tiene que brotar de nosotros como el sudor, la saliva y la lágrima, haber pasado por nuestros nervios, por nuestros músculos, ser fruto de unos metabolismos, de unas emociones, de unas realidades profundas del ser.

En *Morada al sur* Aurelio Arturo destiló en lenguaje sus valles del sur, sus montañas, sus árboles, sus palomas, sus noches embrujadas por relatos y estrellas. En este libro, *Montuno*, quizá tan importante como *Morada al sur* para nuestras letras, Hernán Vargascarreño ha destilado en palabras la sustancia de sus cañones del

oriente de Colombia, un mundo mineral desolado y antiquísimo, la experiencia del vivir de unas gentes que no nacieron en las montañas sino que son las montañas en que nacieron, que no orillan el abismo sino que experimentan en su alma el abismo, que no presencian la dureza sino que están obligados por la vida a ser esa dureza y esa sombra.

Su mundo es una lucha silenciosa de la luz con la piedra, frente a un hilo de agua vertiginosamente remoto que alguna vez fue algo más porque es fuente de miedo. Uno de esos hombres es silencio, el otro es avidez, el otro es desconfianza, el otro canta, sabe ver lo invisible. Y a veces hay un niño que trata de entender ese mundo, que aspira a la alegría, a la tentación, a la ternura y al color, y sabe que está condenado también a ser sombra, como sus mayores.

Sobre la sombra chispea la vida, en sonrisas, en claridad de leche, en cortezas vegetales, en flores moradas, pero los hombres no pertenecen

al reino de la alegría, ni de la posibilidad, ni de la dulzura. Se casan con la certeza de que tendrán sembrados y llenarán de hijos las montañas, pero no serán felices,

Estas sombras no están hechas para esas finuras. Eso es oficio de gentes de pueblo.

Y sin embargo, hay algo que no se atreve a llamarse felicidad pero que es un profundo sentimiento de pertenecer, una identificación casi total con la piedra y la sombra, con el abismo y sus tentaciones, con los grandes árboles y sus cantos de pájaros, y que nos hace preguntarnos si sí será felicidad lo que viven esas gentes de pueblo, a las que el poema alude, tan lejanas y tan livianas, que no parecen pertenecer al mundo ni participar de su suerte.

En algún momento de su fuga desesperada Rimbaud escribió en sus cuadernos:

*Si algún gusto me queda todavía
Ya casi es solo por la tierra y las piedras.*

En su caso, el amor por la piedra era el último refugio de una sensibilidad desencantada o perdida. El montuno de estos poemas no siente ese gusto residual por la corteza mineral del planeta, sino un amor apasionado y profundo. No es un contemplador de los áridos cañones desolados a los que se asoma como una ofrenda un manojo de flores moradas: él es ese cañón, ese peñasco, la sombra en la que comienza el abismo, la tentación de la caída, el hilo sinuoso del agua elemental que corre allá abajo, vertiginosamente lejos.

Su mundo no es geología, ni botánica, ni zoología, ni paisaje, su mundo es una amalgama, un misterio hecho de carne y de piedra, de voces y de luces, de sombra y de vértigo. Un mundo cuya primera luz es de desolación y de sombra, pero que se abre a quien sabe vivirlo con una inesperada riqueza. No avanzamos por el libro cambiando de tema sino ahondando en él, en sus mensajes y sus sensaciones. Tal vez al final no habremos salido de la primera visión, pero

estará ahora llena de detalles, inadvertidos al comienzo.

Solo después de la primera visión, poderosa y abrumadora, de enormidad y de desolación, de devastación y vacío, empezamos a ver detalles tan llenos de color y de vida que ya más bien nos desconcierta esa impresión inicial. Ahora entendemos que la sombra era la conjunción de todos los colores. Parece sombra cuando la corta la luz, pero es verdor de árboles, animales salvajes, cantos de pájaros, silbidos de serpiente, tormentas, el rayo que cae y fulmina la vida generadora que duerme sobre la tierra, los hombres mismos. Y si estos apasionados hombres de piedra y de sombra, de árboles y de serpientes, de caminos y de cuchillos, idénticos a los que hicieron la Biblia y las Mil y una Noches, no saben ser alegres, es porque no pueden vivir sin el monte:

Más allá de sus límites, dice el poeta,

Ya no somos, no sabemos ser.

El poeta sabe decir poderosamente lo que son:

Nosotros, que somos oscuro zumo y sombrío semen de estas montañas.

Cómo conocen minuciosamente sus rumbos:

El camino mil veces hecho lo sabemos de memoria.

Y cómo recorren la ruta prefijada y vuelven

Cuando los montes cantan su desolada canción mientras van engullendo la noche.

Hay después, en el libro, una sección que se llama *Caminos*, otra que se llama *Páramos* y otra que se llama *Trenes soñados*. Pero las tres están hechas para acumular visiones y aristas sobre estas piedras vivas que son los montunos, quizá los últimos hombres del mundo, los últimos que pertenecieron a la tierra, antes de que la tierra cayera en manos de esto. Porque una violencia atroz se cierne sobre todas las cosas, no una violencia solo contra los hombres, una

violencia contra las hierbas y los manantiales, contra las rocas y los gajos de flores que se abren:

Flores de mayo ofrendadas al vacío pavoroso.

En este mundo elemental, duro y terrible pero misterioso y pródigo, todo es ofrenda y todo es canto, todo es ritual y todo es significativo. Si no abundan las palabras es porque cada una cuesta como una perla de sudor o una lágrima. Estos montunos no son habitantes casuales de unas urbes sin alma, son cachorros de la naturaleza, de su rudeza y su alimento, ellos ven en la niebla:

Esos vahos de los dioses que no abandonan a sus hijos relamidos por el monte y aromados por sus almizcles de sombra.

Que saben de la vida y no sienten el miedo de los débiles sino el temor poderoso, el temor verdadero, el temor al misterio de un mundo que está en realidad en nuestro interior:

Y no sabemos qué nos causa más temor, si el eco de los gritos de los pájaros que no se ven, si los filos transfigurando sus siluetas, si las neblinas engullendo tenebrosamente el mundo o las sombras todas del universo, suaves serpientes que se deslizan en silencio y anidan pecho adentro.

Ellos no tienen miedo de la muerte. Cuando llegan a la ancianidad

Todos los días se mueren pero siempre lo olvidan

Tienen, como los compadritos de Borges y como los skaldos de Islandia, como los tatuados maoríes o como los hombres de la arena y del hielo, la familiaridad de la muerte, muerte que dan y que reciben. Hay un poema muy poderoso y terrible que se llama *Cuchillos*.

Nos dice que la muerte es un poder, que en esos montes el cuchillo es la hombría, que del trabajo con el cuchillo brotan los pensamientos. Que hay como un hombre tácito en el cuchillo, porque esa línea de metal y de luz es en

ese mundo el límite entre dos machos. Pero detrás de todo hay un dibujo mitológico: hay una forma que da la vida y que la quita. De allí la ambigüedad de este lenguaje que no describe sino que revela:

Por eso lo respetamos tanto, por eso nunca lo mostramos y lo acariciamos en secreto como algo sagrado.

Entonces comprendemos que esta visión de los hombres de piedra y de sombra del Cañón del Chicamocha, es también una visión de la humanidad y de sus rituales eternos, de su herencia de guerras y de diásporas, y el que tiene el cuchillo piensa afilándolo:

En la vida de otro hombre, tan oscuro como yo.

En ese límite que separa también se unen los contrarios, sombra y luz, piedra y vida.

Tan brillante él, pero tanta sombra que hace.

Caminos y Páramos hablan copiosamente, a pesar de su austeridad, del vértigo y de la niebla,

de esas casas abandonadas a las que sostiene el olvido, de los montes humanizados que condolidos por la pena de sus hijos que huyeron no quieren hacer eco de sus lamentos, de los gritos de los gavilanes que ahondan los desfiladeros, y del silencio que es también una forma de la atención, de la vigilancia, de la extrema prudencia:

Nadie pronunció una sola palabra durante esa hora de miedo ante el abismo que nos llamaba para tragarnos en sus entrañas.

Con todo, hay un poema central en este libro, hasta el punto de que todo lo demás parece gravitar en torno a él. Se entiende que en un poema que parece estar lleno solo de hombres que son piedras y sombras, una mujer es la clave no solo de la supervivencia y de la resistencia sino también de la esperanza. Es un diálogo de la madre y del hijo que han emprendido la ruta del destierro, y se llama precisamente *Camino del destierro*. En este punto alcanza el libro

al mismo tiempo su terrible actualidad colombiana y su dramática intemporalidad humana. Se advierte en él la misma estructura de El rey de los silfos, de Goethe, la vieja leyenda del padre que cabalga con su hijo en la noche huracanada y del pequeño que le describe a su padre, que no puede verlo, el peligroso jinete que está a punto de arrebatarse al niño hacia el reino de las sombras. Curiosamente, mientras en el reino de hadas de la imaginación germánica avanza hacia un desenlace fatal, en este mundo de desolación y de dureza, el desenlace más bien está lleno de esperanza. En todo parece brillar una promesa: ante las quejas del niño, la madre habla de ofrendas y de un sentimiento poderoso de pertenencia al mundo; el niño habla del tiempo que huye, la madre de la necesidad del canto; el niño recuerda el hecho trágico que precipitó la partida, la madre dice con entereza:

Sí hijo, la sombra de ese aullido y el peso de ese trueno es lo que nos impulsa.

El poder de esa esperanza llena el poema de fuerza y permite leer en sus versos no la búsqueda de otro mundo sino la búsqueda de otra manera de vivir en el mundo. Quizá por eso ella formula esta sentencia misteriosa:

Hacia allá vamos mientras seamos el camino.

El niño concluye:

Ahora recuerdo claramente:

Lo habíamos perdido todo, y sin embargo, algo resplandecía al final de la jornada.

La sección última, *Trenes soñados*, está toda llena de esas promesas mágicas.

William Ospina

Octubre de 2017

Librería Luvina, Bogotá

Montuno

Al Cañón de Chicamocha

*Crece más el monte cuando deseo
Cuando pongo las manos
donde despertábamos*

Luis Alberto Crespo

Hombres de sombra

Es la hora en que por estos montes de dios van sus hombres de sombra vadeando al oscuro a iniciar su jornada. En los abajos de nadie a la luz se la traga el cañón rocoso esculpido por la quebrada silenciosa, esa que causa tanto temor.

Siempre sombras para estas montañas. Su única luz, la sonrisa de las muchachas mientras ordeñan las vacas o despulpan el café. El niño que las observa para aprender esos oficios, hace tiempo también es sombra.

Jornaleros

Tengo cuatro hermanos hombres que trabajan de jornaleros con toda la hombrería. José es un fruto silencioso que me habla solo con mirarme. Me está enseñando a callar.

Más alegre en cambio es Horacio, que se enfiesta fácilmente y no le apena enamorar mujeres en el pueblo. A escondidas, me enseña a contar sus monedas, que nunca le faltan.

A Jorge le dieron los dioses una mirada torva y desconfiada, y trabaja como un mulo sin chistar palabra. Le gusta que lo observe afilar su cuchillo para enseñarme a mejorar mis técnicas.

Arturo tiene la manía de dejarse enredar por las nubes y pareciera que se fuera con ellas cuando habla con los pájaros. Es el que me

enseña a cantar y a mirar las cosas que no veo.

Yo los observo a todos, brillantes en su sudor, curtidos y olorosos a tierra, mientras comen y sorben el café cerrero de estas montañas. Cuando los domingos en la mañana los cuatro aparecen del pozo, recién bañados, serenamente altivos, se me figura que así deben ser los ángeles esos de los que me habla la nona.

Todos llevan el mismo dejo de lejanías de nuestro padre: me quieren a más no poder, pero no lo dicen. Yo estoy aprendiendo a eso.

Cuchillos

Con este cuchillo he matado varios animales, he capado verracos y he abierto exquisitos frutos -nunca quisiera matar a un hombre. Siempre lo llevo al cincho. A los seis años me lo entregó mi padre: *Esa es su hombría mijo, a cuidarla.*

Cuando lo afilo en silencio, brotan de la piedra mis extraños pensamientos, los que voy afilando también para mis futuros días. Cuando lo hago brillar poniéndolo al sol, pienso en la vida de otro hombre, tan oscuro como yo.

Apenas tiene unos centímetros, y sin embargo, es el único límite entre dos machos de estas montañas. Por él se nos va la vida en un instante. Por eso lo respetamos tanto, por eso nunca lo mostramos y lo acariciamos en

secreto como algo sagrado. Tan brillante él,
pero tanta sombra que hace.

Ancianos

En esa sombra de casa vive una pareja de ancianos. Todos los días se mueren pero siempre lo olvidan. Ya no tienen perro ni animales, nada mueve el rancho. *Tenemos que venir un día de estos a desyerbar sus patios.*

Pasemos en silencio para no despertarlos... Así, cogidos de la mano y dormidos sobre aparejos, no saben que existen aunque exhalen sombras. Mejor para el rancho, que ya los sueña en otro mundo pero por costumbre los sigue cobijando para no dejar morir sus muertos.

Herencia

Este monte que baja hasta la quebrada, no podemos tumbarlo. Así lo dejó dicho nuestro padre. *La montaña necesita su oscuro*, nos decía. Ahora que nos volvimos hombres entendemos lo que defendía.

Las sombras de estos montes de inmensos árboles, los rastros de sus animales salvajes, los cantos de sus pájaros y los silbidos de las serpientes, las tormentas que se empecinan sobre tanto oscuro, y nuestro padre, reventado por un rayo seco mientras dormitaba sobre una piedra, somos nosotros mismos.

No podemos destajarnos de estas tierras que no están hechas para hombres alegres. Aquí está nuestro sino de sombras, aferrado a estos confines del mundo. Más allá de sus límites ya no somos; no sabemos ser.

María Lucía

La María Lucía ya deja asomar las ganas de un hombre. Ya no nos mira a los ojos porque nos sabe sus hermanos. Pero nos atisba el torso desnudo y sudado cuando rajamos y cargamos leña, se alela por momentos en nuestras grandes manos callosas, y hasta la he visto oliendo mi sombrero mientras descincha mi bestia. La María Lucía pasa ahora como una sombra entre nosotros, que somos oscuro zumo y sombrío semen de estas montañas. María Lucía precisa su luz bien lejos, al otro lado de las cordilleras, donde hay valles y sol, y los hombres pueden ser tan alegres como sus perros.

Las bestias

Arreamos las bestias pero en realidad arreamos nuestros propios silencios. El camino mil veces hecho lo sabemos de memoria. No hay desvíos ni esperanzas de voltear al mundo.

Una música nos espera en el pueblo. Una cama de alquiler y unas monedas para el placer con las hembras. Afuera, las bestias nos esperan en su sombra como la silueta de un sino que nos pertenece.

Camino a casa, por estos montes de silencio, el recuerdo se nos vuelve un guindajo de nada al pensar en el aroma de las mujeres alquiladas... y tenemos que sacudirnos las sombras para recordar que somos. Lo mismo hacen las bestias cuando relinchan y se sacuden de estos caminos solitarios, ya cayén-

donos el oscuro encima, cuando los montes
cantan su desolada canción mientras van en-
gullendo la noche.

Matrimonio

Dentro de quince días me caso. Luisa María, la hija de los Carreño, de grandes cejas negras, me ha mandado a decir que sí. Tres veces medio nos hemos visto de cerca. Tres veces ha temblado mi hombría. Vendrá a mi casa ataviada de su belleza y de sus largos vestidos de holán plisado; compartirá mi camastro y me volverá un poco más alegre; nos llenaremos de hijos llamados por estas montañas, aumentaremos la vacada y los sembradíos, pero no seremos felices. Estas sombras no están hechas para esas finuras. Eso es oficio de gentes de pueblo.

Filos

Es la hora en que las montañas ocultan sus filos tras las neblinas, esos vahos de los dioses que no abandonan a sus hijos relamidos por el monte y aromados por sus almizcles de sombra. Y no sabemos qué nos causa más temor, si el eco de los gritos de los pájaros que no se ven, si los filos transfigurando sus siluetas, si las neblinas engullendo tenebrosamente el mundo o las sombras todas del universo, suaves serpientes que se deslizan en silencio y anidan pecho adentro.

Dos hombres

(Tienda de la Vereda Loma Redonda,
entre Zapatoca y San Vicente, circa 1971)

Dos hombres, solo honor, destajan el aire con sus cuchillos ante la campesinada silenciosa que los observa. Son dos sombras brutalmente enfurecidas envueltas en la polvareda que levantan y solo se detendrán cuando hayan marcado el día con la muerte. Toda la violencia del mundo que presiento y temo en mi propio cuchillo, muestra ahora su terror ante mis ojos.

Luego de varias heridas, los dos se tasajan los vientres al mismo tiempo. El brillo de sus armas caídas se oscurece y en vano intentan detener sus vísceras entre sus manos. Recostados de frente, uno al otro, van cayendo ante toda la sangre del mundo entre un lento

abrazo agonizante. Mi tío Pablo no me ha dejado ir a mirar sus rostros, pero mis primos mayores me contaron cómo es el gesto de la muerte. Pronto el polvo se beberá la sangre y borraré con el tiempo toda huella. Lo que en verdad cuenta para esta hombrería, es aquel asunto del honor, que ha salido intacto para tranquilidad de los parroquianos.

Sucedió a mis once años, pero medio siglo después dos hombres siguen acuchillándose en la polvareda del tiempo.

Tres pieles

Hace una semana cuelgan de la cerca de la huerta tres pieles: la de un tigrillo, la de un tinajo y la de una serpiente. Todos cayeron en los tramperos que los hombres ponen entre los sembrados montaña abajo. Al menos no les dejaron sus cabezas para que no me miren desde su muerte. Paso frente a ellos y en secreto deslizo mi mano sobre sus pieles: siento algo bello, pero no sé qué es. Luego me huelo la mano para sentir sus almizcles, para ver si logro entender, y me gusta ese olor animal, a guaridas.

El tigrillo arquea su lomo al acariciarlo. El tinajo me deja rozar sus rayas blancas para indicar que no es peligroso. Y a su lado, la serpiente de vivos colores me alerta sobre su veneno.

Parece que todos estuvieran a punto de saltar la cerca de la muerte y casi lo están logrando. Me gustaría que pudieran hacerlo.

El asesino

Anoche vino Jacinto a rondar la casa. Los perros no avisaron nada, pero sus huellas lo hicieron. Por estos confines nadie más que él tiene esos enormes pies. En tres días se cumplirá un año del asesinato, pero pareciera que Jacinto ahora quisiera matar al muerto, a Camilo, su medio hermano. O como dicen los jornaleros, ahora se siente mucho menos hombre sin su enemigo, y por eso anda buscando algo que le devuelva su hombría. O como dicen los hermanos Vásquez, como no tuvo tiempo de matar también a la novia, el mandado le quedó a medio hacer. Pero yo más bien creo lo que dice la nona Celestina, pues ella va a cumplir cien años y ya lo ha visto todo: Jacinto aún se cree vivo porque no tuvo tiempo de darse cuenta del rayo seco que lo mató.

El silencio

A esta hora los montes callan por unos instantes. Ningún canto, ningún silbido animal se deja escuchar. Solo ocurre a esta hora, siempre; y en este silencio total solo escuchamos el latir de nuestros corazones y la queja de nuestras tripas. Ni siquiera nuestros pasos suenan. Entonces, Pascal y yo nos detenemos llenos de espanto y nos miramos aterrados; nos sentamos y esperamos un rato. No se puede retar este silencio. Pero apenas las sombras bajen y lo cobijen todo, la noche empezará a hablar, los muertos volverán por sus caminos y acompañados de sus sombras podremos seguir camino a casa. Pascal vuelve a mover la cola, y callados, reanudamos nuestros pasos.

Camino

*Porque el fruto no es puerto
sin rumbo entre las aguas,
sino estación secreta de la carne;
íntima paz de cotidiana guerra
donde reposa el viento silvestre y revestido
de accidentes geológicos y espesos.*

Eunice Odio

La casa

Al remontar la montaña
una casa abandonada
se sostiene apenas
en los delicados hilos del olvido.
Los montes, condolidos por la pena,
evitan cualquier eco de sus lamentos
y los engullen en sus neblinas
para mitigar en algo
el duro paso de los peregrinos.
El viento, como una forma del tiempo,
ya ha destrozado puertas y ventanas,
y entra y sale a su antojo
transfigurando las quejumbres del abandono
que se esfuman ladera abajo
haciendo rodar sus huesos invisibles.

Arbusto

Un arbusto retorcido y
enraizado a la peña del desfiladero
se sacude casi alegre y
luce sus primeras flores de mayo
ofrendadas al pavoroso vacío.
Mínima y vasta ofrenda para el cañón
que apenas divisa desde abajo
sus ramas al viento:
leves manos
de un dios inalcanzable.

Cañón

Mientras bajamos
los estrechos caminos abiertos
sobre la montaña empinada,
y abajo el río solo semeja
una delgada ilusión de plata,
los gritos de los gavilanes
ahondan los desfiladeros
pero más ahondan el silencio
de nuestros propios espantajos.

Nadie pronunció una sola palabra
durante esa hora de miedo
ante el abismo que nos llamaba
para tragarnos en sus entrañas.

En los pechos agitados solo cabían
esos gritos fantasmaseados
por el gran cañón,

los mismos que ahora,
después de tantas jornadas,
siguen horadando el tiempo,
hollín impregnado
a las paredes del recuerdo.

Sombras

Cuando llegamos a la cima
y atisbamos el primer recodo del camino
que baja entre neblinas,
vimos ya sin asombro
que nuestras sombras iban adelante,
algo lejos, ya perdiéndose en el recodo.
Nos guiaban a su manera para cuidarnos
de los peligros de caer a los abismos.
Nosotros las seguíamos a nuestro ritmo,
recelosos,
cuidando de no perder sus siluetas,
no fuera que una de ellas se desbarrancara
y por pura hermandad
se llevara nuestros cuerpos.

Montañas

Estas montañas,
extremidades del mundo
abandonadas a su propio sueño
en medio del caos que es el orden geológico,
nada piden a cambio
cuando pasamos sobre sus lomos.

Con sus arbustos mínimos
van dando testimonio de que aun respiran,
de que aun vibran en sus bichos rastreros
y se otean a sí mismas en sus gavilanes.

Por aquí no pasa nada salvo
ripios de la memoria del mundo.

A ellas nos entregamos
midiendo lento nuestras fuerzas,
agotados, fatigados bellamente
mientras respiramos

sus helados venablos de viento herido.
Con solo sabernos sus peregrinos
les basta para sus arriesgadas geografías,
tan hermanadas ellas
a la rastredad de los hombres.

Tumbas

Estos montículos de piedras
ordenadas a manera de tumbas
asomándose a los precipicios,
son el recuerdo de hombres
que han caído a los abismos.
Algunos se van desmoronando
con el abono del tiempo,
otros ya casi desaparecieron.
Las piedras
también suelen buscar sus abajos,
quizá para ocultar los huesos de sus muertos,
para evitarle a las montañas y a los vientos
el espectáculo de sus gestos despiadados.

Este de piedras grises
apenas lo acaban de erigir.
Es un hombre recién cayendo
dentro de su propio sueño, solo,

sin las ataduras
que aún amarran nuestros pasos.

Cordillera

Llegaremos al filo de la montaña
y las montañas seguirán siendo
mucho más allá hasta perder la vista.
Nosotros seguiremos encontrándonos
en cualquier parroquiano nebuloso
que tropecemos por los caminos.
Y aunque las montañas se nieguen
a aceptar que sus terquedades
se hundan en el Valle del Silencio
a descansar de tantas durezas,
nosotros sabremos llevarlas
por los caminos del mundo,
sabiéndolas perfectas
y sinuosas formas
de lo que somos.

Muleros

Nos cruzamos
con una recua y sus muleros,
tan ausentes ellos como sus perros.
Sumada la tristeza de las mulas
y los lánguidos silbidos de los hombres,
nada más hermoseaba estos montes
donde el yermo reina sin orgullos
y el silencio es un cadáver de pura roca.
Todos nos saludamos gentilmente
y al instante nos dijimos adiós,
pues sabiéndonos hermanados
a las montañas,
ocultamos cualquier melancolía
tan propia a ellas
y a sus gélidos silencios.

Fardos

Llegamos a un ventorrillo
de guarapo colmado de campesinos.
Los muleros sorbían a la par de sus mujeres
entre frases cortas y miradas recelosas.
En sus rasgos físicos
se evidenciaba nuestro pasado.
Cualquiera de ellos
podría ser uno de nosotros.
Pero ya no somos
hombres de estas montañas;
venimos de paso a reconocer
trizas de nuestra infancia,
fantasmas que no hemos podido apaciguar,
recuerdos amasados de barro y de silencio,
fardos que estos montes
nos han impuesto como tributo
al habernos amamantado en sus durezas.

Desaparecidos

Cayendo la tarde
llegamos al pico de una montaña
que creíamos la última del viaje.
A lo lejos, otras siluetas sinuosas
hacían de la cordillera
un caos similar a nuestras apariencias.
El pueblo aún no asomaba
pero ya anhelábamos el final de la jornada.
Algo en el aire nos engañaba
con una casa conocida, olor de viandas,
saludos familiares...
Por ahora todavía vamos caminando,
silenciosos y con el alma entumida,
pues la noche pronto nos hará desaparecer
entre sus gélidas neblinas, a nosotros,
que vagamos desaparecidos,
pues sabemos que ya nada nos espera
al final de la jornada.

Acuarela tras las montañas de Zapatoca

Esas neblinas matutinas que rondan
el huerto, hielan la casa y sus cafetales,
ignorante uno que más le entumecen el ser.

El hombre del sombrero y el tabaco,
oloroso a monte
y oficiante generoso de tío Pablo y de patrón.

El árbol sagrado, tan alto, tan elemental,
cómo extrañamente sigue dando frutos
en la memoria.

Los pequeños y temibles dioses misteriosos
que fisgonean y amenazan en el manantial.

La nona mascullando sus salmodias mientras
macera yerbas para matar los males.

La gran herida, casi mía,
del saíno que anoche
cayó en la trampa de los jornaleros
y que aún me mira desde su muerte.

Las bestias sudando su oficio en el trapiche.

Los hermanos que no sabemos amar
porque todavía del pecho no ha brotado
aquello que llaman nostalgia.

Las mujeres, llenas de sonrisas limpias,
alegres de aquí para allá
con sus artesas llenas de manjares.

La madre, tan bella,
que ataviada de su propio temor
va espantando los fantasmas
de los caminos boscosos
para que los pequeños pasemos
sin peligro alguno.

Aquellas solas, tercas, duras soledades
de tan enfiladas y oscuras montañas
que forjaron esta criatura
casi siniestra casi humana...

-qué lejos parece todo en el pasado;
qué cerca su empeño
en corroer suave el alma-
...

Todos tus recuerdos
-hechos de alegría o de silencio-
no hacen más que revelar ante el tiempo
que aún alguien desde el pasado
te da la mano.

Y todavía te salvan del abismo.

El llamado

Miguel, mi padre,
va manejando un camión
cargado de vituallas;
con sus veinte años
atraviesa anhelos y montañas
mientras el motor arranca ecos
hermanos de estas soledades.
Ahora está muerto y no lo sabe.
Mi madre, Luisa María, a la vera
de la carretera distingue ya
el ruido del motor a la distancia,
y su belleza de virgen campesina
se agita en sus olores a café y
a limoneros; va rumbo a Zapatoca
y siente ya en todo su cuerpo
el llamado de un hombre taciturno.
Y yo, mirándolos desde muy lejos,

atisbando el momento de su encuentro,
buscando una sombra de dónde asirme,
tallando un corazón en lo oscuro
y presintiendo el relámpago de la vida.
Tuve que esperar ocho años más
para ser el séptimo en sus entrañas,
cansado un poco ya de tanta espera
pero alegre al fin y al cabo
cuando la luz lacró mi día.
Sigo viendo a mis padres,
lejanos ya de tantos años sin hablarme
porque de pronto se acabaron sus palabras.
Y también veo a mis hijos
recibiendo mis caricias, mi cariño,
esperando para siempre el llamado
de sus sombras que nunca existirán.

Plegaria

Montaña gris, viva y desolada,
adornada solo con las flores de los espinos
-que son punzas de tu corazón-
guárdame de tus precipicios
y hazme entender esto que llevo adentro.
Montaña que sabes mis pasos
porque son los mismos tuyos.
¿Cuántos hombres, cuántas mujeres,
cuántos niños como yo,
caminando tras la madre,
nos hemos encomendado sobre tus caminos?
Montaña en la que solo se mueven
sus chivos, sus cabras y sus gavilanes,
libres y puros como uno quisiera ser,
como uno quisiera volar.
¿Ese hilo metálico, allá en las profundidades,
es toda el agua para tu sed?
Montaña que se entristece cuando el sol cae,

montaña que apenas se alegra
cuando el amanecer,
cuida bien de todos tus muertos
 /y de los míos,
que no son solo de estos huesudos parajes,
también son mis hermanos oscuros
los mismos que me hablan
a escondidas de los mayores.
Estos pocos pájaros color ceniza
 /que te cruzan,
que no sé cómo nombrarlos,
¿por qué su canto no es alegre
como los trinos de los que hay
allá en la montaña verde?
Cuando miras mis pensamientos
-ahora que estoy aprendiendo a mirar
como las nubes-
¿alcanzas a notar lo que siento por ti?
Montaña de la madre mía,
de los hermanos muy míos,
de los tantos campesinos que son tu sombra,

de mi padre tan bello y tan callado
y tan ceñudo,
algún día mis pasos estarán muy lejos de ti,
pero entonces, ya sabré llevarte
como animal a su almizcle.

Caminos del destierro

Mira hijo, cómo esos helados ramajes
se beben las neblinas que un día
se volverán cantos de pájaros.

Y en vez de polvaredas o de vientos
o de llamas, es una música inmóvil
la que consume estos paisajes.

*No quiero mirar los filos
de las montañas, madre.
Parecen cuchillos que tajan los cielos.
No quiero escuchar sus silencios.
Siento que me rompen por dentro.*

Recíbelos niño, como pequeñas ofrendas.
Y oremos. Ahora somos hijos del monte.
No olvides que vamos solos
y que somos sus viajeros.

*Parece, madre, que la neblina
se detiene unos instantes
para ver pasar nuestras sombras.*

Esas sombras no son nuestras, hijo.
No somos nosotros los únicos que pasamos,
es el tiempo
que también huye de estos riscos.

*¿Y para quién ese canto oscurecido
de esos pájaros que se oyen pero no se ven?*

Para la nada que vive en estas montañas,
y para nosotros hijo, para nosotros;
ahora que pasamos por la nada
algo de cantos le viene bien al alma.

*Madre, quiero salir de estos caminos,
todo me da miedo entre estas neblinas.*

Saldremos hijo, saldremos.

Pero ya nunca podrán abandonarnos.
Un día lejano
contarás a otros estas soledades.

*Madre, hubo una vez un grito como un trueno
que nos expulsó de nuestro terruño, ¿cierto?
Recuerdo que una sombra sepultó la casa
y mi padre tuvo que matar limpiamente
a un hombre. ¿Es por eso que huimos?*

Sí hijo, la sombra de ese aullido y
el peso de ese trueno
es lo que nos impulsa.

*Madre, ¿son estos los caminos del silencio
de los que me hablaste?
¿Y por qué este día nebuloso
es tan largo y no se acaba?*

Tranquilo hijo,
ya pasamos el largo Filo del Oscuro;

solo nos falta atravesar
el Farallón de la Cuchilla.
Salgamos pronto de estos parajes
signados por el olvido,
no hay sea que nosotros también
nos volvamos el olvido.

¿Y para dónde vamos, madre?
¿Quién nos espera al otro lado?
¿Qué haremos si no encontramos ni un alma?

Es fácil hijo: tengo sed, pero no de agua.
Voy buscando mis otros hijos, sus hermanos.
Busco otra casa
que no esté hecha de sombras.
Allá lejos, en los abajos más lejanos
que aún no se divisan,
en los verdes donde viven las claridades,
en alguna parte de este mundo
tiene que estar el mundo para nosotros.
Hacia allá vamos

mientras seamos el camino.

...

Ahora recuerdo claramente:
lo habíamos perdido todo,
y sin embargo, algo resplandecía
al final de la jornada.

Páramos

A los páramos de Santurbán

*Y este milagro de ser aquí la vida
sin saber qué es vigilia ni qué es sueño,
hasta que sople la noche y nos apague.*

Eugenio Montejo

1

A ESTAS NEBLINAS
alargadas por brisas desalmadas,
a estas montañas yermas
amadas por soledades...

¿Cómo ocultarlas
a mi ser
para que no se hermane
tanto con ellas?

UN DÍA DIJE ADIÓS,
abandoné
las palabras de la dicha
entre frailejones...
Después
de tanto camino
aún me persiguen
sus sombras.

SI ESTE DÍA NEBULOSO
en el que tiembla la desolación,
me muerde con sus fríos y lloviznas,
entonces soy un pasado errante
que no ha sabido remontar
las atrocidades del tiempo.

OIGO CANTOS DE PÁJAROS
invisibles a toda mirada.
Cantan
desde el reino de la infancia
para evitarme el extravío.

SIGO SUBIENDO LA MONTAÑA,
ya sin fuerzas,
abandonadas las ilusiones
que dejo caer por los desfiladeros.
Qué pena con la tanta vida
de estas flores mínimas:
brotan de las grietas de las rocas
y me obsequian sus miradas
de trémulos brillantes.

VOLTEO LA MIRADA

para asegurarme
de mi sombra;
pero ella
tampoco va conmigo.

SI UN LUGAR
como estos páramos
es la belleza suspendida,
gustoso recibo,
oh dioses,
un páramo por corazón.

CUÁNTAS ROCAS AGRIETADAS,
-abiertas por el frío-
observan desde su silencio
y ofrecen sus heridas
ante un dios indiferente.

A CUESTAS

llevo una palabra
para ofrendarla
entre estos páramos.
Su eco aquí
será solo silencio,
vaciedad,
invisible belleza
entre la neblina.

A LO LEJOS

se observa el final
de estos páramos.

A lo lejos

se detiene la belleza,
sus dioses congelados,
sus abrazos
lacrados de frío y de mutismo.

Trenes soñados

*Al Café Madrid,
estación de tren de Bucaramanga*

Ese tren que se acerca envuelto en llamas
es ese tren fantasma que atraviesa
todos los aposentos y no llega jamás.
Corre con la velocidad de los deseos
arrastrando el jadeo de las fiebres
y el humo del olvido.
Cuando miras acaba de pasar.
Solo queda el latido de un tiempo inalcanzable.
Es un tren del adiós.
Es un tren de viajeros condenados a contemplar
el mundo en una polvareda.
De una estación a otra, de un verano a un otoño,
desembocas en medio del invierno
hecho de flores rotas.
Si subes, no tendrás nada más.

Olga Orozco

1

CUANDO PARTEN, NADIE LOS VE
porque todo ocurre dentro de tu pecho,
estación en la que solo tú puedes morar.
Allí los rugidos de los trenes los acalla
el visaje de una palabra no nacida;
por sus ventanillas alimentadas de pasado
nada cambia con el curso de los años.
Si tú mismo, por pura iluminación,
vislumbras a lo lejos su amada fumarola,
nada le dirán sus artilugios imprecisos
ni sus señales que se beben las distancias.
Ningún lenguaje podrá provocar su regreso
y volverás solo al vasto paraje de tu corazón.

SI CADA TANTO UN TREN
atraviesa tus sueños
-así solo se desliza en
la trampa de la duermevela-
no lo dejes pasar en vano.
Ni olvides la estación presentida
o la ruta que te llama desde antes.
Algo de tu futuro
arrastra en sus vagones,
algo de tu pasado te devolverá
su imagen en otro sueño.
Aléjate de los rieles; a veces
puede aparecer sin anunciarse
llevándose entre brumas
lo que encuentre en su camino.
Y si eso llegare a suceder,
las tinieblas ya no precisarían
más su paso. Qué harías
entonces con tanta esperanza.

SI POR AZAR, o capricho de los dioses,
el tren soñado se detiene dentro de tu sueño,
abandona la incertidumbre de la estación
y sube al espejismo de las propias ansias.
Recorre perplejo todos sus vagones
e instálate en el que ya sabes que te espera.
Perfumadas mujeres o cobrizos hombres
de inciertas edades y cantos oscuros
tallarán el deseo sobre tu cuerpo;
quien que te corresponde,
te hará suyo al vadear la noche.
No olvides entonces las aguas de la realidad,
la prisa con que las brumas
cubren toda dicha.
Y apréstate a defender
el territorio de tu sueño
antes de presentir el bramido
que a la distancia anuncia
los últimos estertores.

VIGILA LAS DISTANCIAS.

Busca en el temblor del aire
alguna señal de un poblado.

Urge al menos una docena
de viajeros para tu tren soñado,
en lo posible músicos,
prestidigitadores o gitanos.

Tanta irrealdad solo te ha
condenado a los paisajes
cargados de deseos

-o al deseo cargado de paisajes-

Ya no recuerdas dónde ni cuándo
te obligaron al rumbo del absurdo.

ES POSIBLE

contradecir la levedad de un tren,
su no-apariencia,
el poco cuidado que tiene
de rugir como un monstruo
en medio de tu sueño.

Pero cómo contradecir
esa lenta espera del tren
que alcanzas a vislumbrar
y que nunca llegará.

SOLO BASTA LA IDEA
de dos rieles
que se unan a la distancia,
una fumarola al caer la tarde,
la sombra de un rugido tras las montañas,
una vaharada irreal pero visible,
y el inamovible deseo de volver a la infancia
para estremecerse con el tremor
de la tierra seca
ante el aplastante paso del tren del asombro.
El mismo del que aún no hemos despertado.

SI EN LA ALTA NOCHE,
desmembrado de ti mismo,
te ves pasar en la ventanilla
de un tren dudosamente silencioso,
no te molestes en despertar.
Todo es vano si pretendemos
volver a la voz que perdimos.
Alguien oscuro se lleva
nuestro tiempo.
Un Otro
que ya no puede vivir
en tu recuerdo.

SI NO QUIERES BAJAR DEL TREN,
si ninguna estación brilla en tu mirada,
si ya ni el ripio de una voz
deviene en eco de tu exilio,
haz de todo su andamiaje
la levedad de tu universo;
contempla desde allí los abismos
donde moran dioses del olvido,
el recuerdo de lo que fueron árboles
con sus gritos de pájaros de misterio
o el amanecer en el que crearás
vislumbrar una esperanza.
Tu tren ya no precisa de rutas
ni de horarios; te podrá llevar
a todas partes y a ninguna...
y cualquier espectro a la distancia
habrás de hacerlo tuyo.

Total, ya nada existe
más que este viaje:
interminable,
desnudo,
estéril
de toda dicha.

NO REGRESES.

Todas las estaciones
nos han abandonado.

Cada una en su ruina
traza lentamente el olvido.

Ya no hay pitidos ni pregones,
solo mudez total y el asombro
de su gran arquitectura que
sin rencores se viene abajo.

No te atrevas a alterar el polvo
del tiempo en su frágil abandono.

Es mejor cargar la sombra de la estación
a esperar que sus techumbres nos aplasten.

Quizá las huellas de los rieles señalen
entre abrojos el camino sin caminos.

Algo tiene que palpitar más allá de toda nada
ahora que los trenes solo se deslizan
en el vago recuerdo de su propio sueño.

NADA FUE CIERTO.

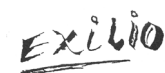
Ni siquiera el tren
en el que en este momento te ves partir.
No te molestes en promesas ni despedidas
ahora que se acabaron todos los paisajes.
Tú mismo, más que nadie,
has sido solo sombra de espejismos.
Alguien Oscuro por fin te lleva a casa
mientras los trenes soñados
siguen pasando
como sueñan las horas insulsas
sobre las piedras.

Contenido

Una sed que no es de agua	
<i>William Ospina</i>	5
Montuno	17
Hombres de sombra	19
Jornaleros	20
Cuchillos	22
Ancianos	24
Herencia	25
María Lucía	26
Las bestias	27
Matrimonio	29
Filos	30
Dos hombres	31
Tres pieles	33
El asesino	35
El silencio	36
Caminos	37
La casa	39
Arbusto	40

Cañón	41
Sombras	43
Montañas	44
Tumbas	46
Cordillera	48
Muleros	49
Fardos	50
Desaparecidos	51
Acuarela tras las montañas de Zapatoca	52
El llamado	55
Plegaria	57
Caminos del destierro	60
Páramos	65
1. <i>A estas neblinas</i>	67
2. <i>un día dije adiós</i>	68
3. <i>Si este día nebuloso</i>	69
4. <i>Oigo cantos de pájaros</i>	70
5. <i>Sigo subiendo la montaña</i>	71
6. <i>Volteo la mirada</i>	72
7. <i>Si un lugar</i>	73
8. <i>Cuántas rocas agrietadas</i>	74

9. <i>A cuestras</i>	75
10. <i>A lo lejos</i>	76
Trenes soñados	77
1. <i>Cuando parten, nadie los ve</i>	81
2. <i>Si cada tanto un tren</i>	82
3. <i>Si por azar, o capricho de los dioses</i>	83
4. <i>Vigila las distancias</i>	84
5. <i>Es posible</i>	85
6. <i>Solo basta la idea</i>	86
7. <i>Si en la alta noche</i>	87
8. <i>Si no quieres bajar del tren</i>	88
9. <i>No regreses</i>	90
10. <i>Nada fue cierto</i>	91



Este libro se terminó de imprimir para
Ediciones Exilio en el mes de febrero de 2020
en los talleres gráficos de Gente Nueva Editorial
en el barrio Teusaquillo de Bogotá.